



Trasvase

de lo publicado



LA DERROTA DEL PENSAMIENTO

SILVIA BLEICHMAR

PSICOANALISTA-BUENOS AIRES, ARGENTINA



uestra generación de intelectuales, si no recupera sus raíces, corre el riesgo no sólo de perder su legado histórico sino de dejar a la sociedad argentina en su conjunto erráticamente librada a los oportunistas del momento. Subordinada la política a la economía, subordinados gran parte de los intelectuales a los organismos oficiales, no es un rasgo de audacia sino de realismo afirmar que esta disolución constituye el factor más importante de la imposibilidad de construir una perspectiva de futuro que permita la recomposición de las significaciones sociales.

Porque si hay hoy una carencia fundamental sobre la cual se produce gran parte del sufrimiento moral que acompaña las pérdidas materiales de casi la totalidad de la población del país, ésta está constituida por la derrota del pensamiento; derrota del pensamiento que se pone en evidencia cuando la improvisación y la farandulización, que ya había capturado la vida cotidiana,

se convierten en el eje alrededor del cual se determinan posiciones y juegan estrategias respecto de cómo gobernar los destinos del país.

Dando cuenta, sin embargo, los últimos resultados electorales de que en el imaginario colectivo ya no hay espacio para ejercer el poder simplemente como una representación y transformar la política en un deporte – ni siquiera cuando los profesionales del deporte y el espectáculo intentan reemplazar a los amateurs que los ejercen–, lo cual es puesto al descubierto con los votos anulados y en blanco que constituyen simultáneamente la explicación del deseo de conservar el derecho a elegir y el hastío ante la reiteración de esa combinatoria de mala fe e inoperancia que se manifiesta, desde hace años, a través del alternado retorno de las corrientes dominantes de la política.

Si ello nos obliga a un esfuerzo mayor para aceptar el riesgo de asomarnos al pensamiento sin temor a caer fuera de lo instituido, es requerimiento del proyecto de recuperación que nos compete saber dónde nos quedamos en el último recodo del camino.

Hemos sido golpeados por las catástrofes del siglo XX, lo cual lleva a que algunos piensen que se puede justificar todo porque él fue acabando con nuestra historia, no sólo quedamos definitivamente huérfanos, sino que privamos de futuro intelectual a las generaciones que ya comienzan a insertarse con el esfuerzo que todos conocemos en el campo productivo.

Avergonzados por la derrota de la utopía, que constituye nuestro principal fracaso, hemos sido lanzados a un duelo patológico, en el cual nos rehusamos a reconocernos en nuestros orígenes y en las virtudes de nuestros padres teóricos.

Somos hijos, sin embargo, y con el tiempo, de las propias representaciones que nuestra mente guarda de aquellos que nos engendraron, y la intelectualidad argentina tiene su destino inevitablemente ligado a las ideas más avanzadas del siglo XX. Su intención de desprenderse de ellas sin darles una nueva dirección la reduce a la inmediatez, y es engañosa, porque agazapados en el fondo de nosotros mismos no podemos renegar su existencia ya que constituyen nuestro único capital.

Quienes se jactan de no sufrir el dolor de la pérdida de esperanza por un mundo distinto –porque nunca creyeron– dan cuenta de un razonamiento tan lamentable como el de quien fuera al velatorio de la mujer de su amigo diciendo “qué suerte que nunca me enamoré, para no tener que sufrir lo perdido”.



A diferencia de ello, quien ha amado puede volver a amar, sufre por el encantamiento previo, pero esta circulación constituye una manera de estar vivo, ya que podemos defendernos de todas las ilusiones, pero estaremos muertos antes de dar batalla si renunciamos a la esperanza.

Nuestra producción está atravesada de síntomas, efecto de nuestra imposibilidad de recomponernos aún de nuestras derrotas, que yo sería muy cuidadosa en calificar en su conjunto como errores. Hemos devenido “razonables”: pagamos demasiado caro el salto de la esperanza a la ilusión; se fracturó en muchos momentos la pata que nos sostenía en el principio de realidad.

Nosotros, los de entonces

Los que sobrevivimos tenemos una deuda con la vida: como los judíos post-campo, debemos ser “respetables” para que nuestra voz se oiga, para que nuestra memoria se conserve, para que no todo desaparezca. Sin embargo, la persistencia de nuestra presencia no siempre garantiza la persistencia de nuestro ser.

Conocemos nuestro lado flaco: fuimos en la mayor parte de los casos dogmáticos, trasladamos la religión a la ciencia, a la política, a la filosofía, lo cual nos obliga a ser cautelosos; ¿cuáles son los límites, sin embargo, de esta cautela? Ellos están dados, en mi opinión, por la necesidad de no confundir respeto, en el marco de la democracia política, con relativismo intelectual ante el sufrimiento entorno. Las consecuencias de esta confusión se ponen en evidencia en la carencia, más allá de uno u otro intento aislado, de una reflexión profunda acerca de la condición humana en las circunstancias históricas en que nos toca vivir.

No siendo la Universidad hoy un espacio devastado por el accionar represivo, corre sin embargo el riesgo de devenir una institución inoperante desde el punto de vista de formar inteligencia, intelectuales críticos, si cede sus objetivos más importantes a la eficacia de un saber tecnocrático. Sabemos de los límites de la producción de conocimientos en el marco de la subordinación material y moral que se pretende de nuestro país a partir de las deudas contraídas como efecto más del robo y la expoliación que de la mala administración.

Si en los países ricos las grandes corporaciones se permiten la donación de fondos a las instituciones de investigación para que puedan ejercer todos los devaneos necesarios para el progreso del espíritu, la propuesta para nosotros, las factorías de la periferia, es la de reducirnos a investigación de segunda y a la ausencia de saber no

aplicable en lo inmediato. Pero no nos confundamos: es precisamente de la tensión existente entre investigación destinada a la aplicación inmediata y pensamiento científico o filosófico deambulatorio y sin objeto inmediato que surgen los verdaderos conocimientos futuros, que se producen las ideas que constituyen los grandes saltos del pensamiento humano.

He definido como “malestar sobrante”, desde la perspectiva que me compete, a esa cuota de malestar extra que nos vemos obligados a pagar en ciertos casos más allá de las necesidades e imprescindibles renunciadas que toda vida social impone. Y el malestar sobrante no se reduce, en nuestra sociedad actual, sólo a la dificultad de algunos de acceder a bienes de consumo, ni tampoco es efecto únicamente del dolor que podemos sentir otros, más afortunados materialmente pero en tanto sujetos éticamente comprometidos y atravesados por ciertos valores que nos vinculan a la categoría general de “semejantes”, por disfrutar beneficios que se convierten en privilegios frente a la carencia entorno.

El malestar sobrante está dado, básicamente, por el hecho de que la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite, de algún modo,

avizar modos de disminución del malestar reinante. Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone es la guerra futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada.

Es la esperanza de remediar los males presentes, la ilusión de una vida plena cuyo borde movable se corre constantemente, lo que posibilita que el camino a recorrer encuentre un modo de justificar su recorrido.

Por eso en la propuesta que cada sociedad tiene para los niños, se ve claramente el carácter real de sus expectativas futuras.

Desde esta perspectiva, tal vez la tarea de los intelectuales consista en la recomposición de las vías para evitar que el malestar sobrante que acompaña el sufrimiento que hemos denominado “dolor país” devore su pensamiento, en la posibilidad de instrumentar nuevas preguntas con respecto por la historia pero sin que la nostalgia por el pasado o la reificación del presente inunde las posibilidades creativas. Si esto se logra, si el contrato implícito de los intelectuales con nuestro tiempo lo posibilita, la denuncia puede no redundar en queja y la dificultad no cerrarse en autocomplacencia frente a las dificultades. (E)

Viene de la pág. 180



¿Quién se acuerda de Mónica Lewinsky? (continuación)

Con el auge siempre creciente de los medios masivos de información el sujeto término medio no produce nada, cada vez menos, respecto a su realidad. Consume pasivamente modelos fabricados sobre los que no tiene ningún poder de incidencia.

Las «democracias posmodernas» –por decirlo de alguna manera tolerable– son lo más alejado posible de un modelo democrático. Verdaderamente la población, el habitante típico de la aldea global, pasó a ser o consumidor o potencial votante, siendo esas las únicas facetas que interesan a los centros de poder, quienes deciden las líneas maestras del mundo. Por tanto, como dijera Zbigniew Brzezinski, asesor presidencial de Ronald Reagan: «En la sociedad tecnocrática el rumbo lo marcará la suma de apoyo individual de millones de ciudadanos incoordinados, que caerán fácilmente en el radio de acción de personalidades magnéticas y atractivas, quienes explotarán de modo efectivo las técnicas más eficientes para manipular las emociones y controlar la razón».

En este contexto la «venta de noticias» es elemento clave, determinante, para el éxito de ese proyecto de sociedad. Que la gente no piense, que repita embobada las noticias y los espejos de colores eficientemente manipulados, con la tecnología cada vez más sofisticada que las potencias producen, creando esa masa homogénea de consumidores que, cada tantos años, es llevada a la ilusión de elegir a sus gobernantes.

En esta dinámica, entonces, cualquier noticia –valga como ejemplo paradigmático la de Mónica Lewinsky– no es sino un momento, un eslabón en la ininterrumpida sucesión de distractores. La realidad se presenta como *beautiful show* por medio de informaciones parciales, fragmentadas, discontinuas, que consecuentemente crean una realidad parcial, fragmentada, discontinua.

Felizmente existen medios de información alternativos donde se busca tener otra visión de la realidad: imparcial, compleja, guiada por la historia. Medios donde Mónica Lewinsky no es noticia, y sí, por el contrario, las grandes empresas tabacaleras que se vieron golpeadas por los juicios antitabaco generados por los demócratas con Clinton a la cabeza, de quien a nadie le debe importar su vida privada ni sus preferencias sexuales. Medios que no buscan manipular las emociones y controlar la razón, sino entrever la verdad.

El desafío es grande, sin duda; pero a esta tendencia empresarial de vendible mercadería noticiosa se debe oponer un proyecto de información éticamente responsable. Siendo ampulosos se podría decir que de ello depende la realidad.

Marcelo Colussi / *La Insignia*. Guatemala, julio del 2002.